

## FIRST CONTACTS BETWEEN JAPAN AND AMERICA

*by Lic. Walter Gardini.*

The first who wished to initiate direct relationships between Japan and America was Ieyasu Tokugawa, the third of three leaders who in the second halve of the XVIII century unified the country. In order to do so, he leaned upon the franciscan missionaries for support, and upon the spaniards from Manila.

The first intents were made in 1597 but only in 1610 did Ieyasu accomplish the first agreement between Japan and New Spain (Mexico).

Copies of the treatise and Ieyasu's personal letters to the king of Spain were delivered to the franciscan missionary Alonso Muñoz. The commerce between Japan and America was therefore initiated with this treatise.

In 1611 the viceroy of New Spain sent general Sebastian Vizcaíno as his personal embassador and also of the king of Spain, and Ieyasu and his son Hidetada with them. This mission proved a failure because of the authoritative temper that Vizcaíno possesed and to changes in Japanese politics.

Nevertheless, the daimyo Date Masamune that ruled in the northeast of Honshu island, center in Sendai, was very much interested in commencing relationships with America and Europe, organizing an expedition of 150 japanese under the leadership of samurai Hasekura and franciscan monk Luis Sotelo (1513). While this expedition, received in Mexico City in 1614, set sail towards Spain and Rome, a new mission was sent from Spain to Japan with letters from king Philip III (Felipe III) to Ieyasu that authorized starting

new relationships with Japan (1615). This embassy had no success, and neither was it more fortunate than the other that, returning from Europe, reached Japan in 1620. Japan closed itself completely. From 1539 to 1853 the only occidentals that could hold commerce with Japan were the Dutch, from port Deshima in Nagasaki.

Many were the causes which determined this negative situation. The principal ones were of politic nature (the fear of Spanish occupation) of cultural (the lack of adaptation) and of religious nature (the divisions between catholics and protestants, jesuits and franciscan monks, the buddhist reaction). The remaining positive elements are the chronicles made by the japanese, by an american indian, and by an italian historian, which are a precious source of information rendering knowledge of Japan and New Spain in the first years of the XVII century. There also remains the indication of the procedure to follow in order to begin a true dialogue between Japan and America and to avoid the mistakes and failures of the past.

## PRIMEROS CONTACTOS ENTRE JAPON Y AMERICA

*por Walter Gardini.*

El primero que quiso entablar relaciones directas entre Japón y América fue Ieyasu Tokugawa, el tercero de los tres caudillos que, en la segunda mitad del siglo XVIII, unificaron el país. A tal efecto él se apoyó en los misioneros franciscanos y en los españoles de Manila.

Los primeros intentos fueron hechos en 1597 pero sólo en 1610 Ieyasu logró concluir el primer convenio entre Japón y Nueva España (Méjico).

Copias del tratado y cartas personales de Ieyasu para el rey de España fueron entregados al misionero franciscano Alonso Muñoz. Con ese tratado se abrió el comercio entre Japón y América.

En 1611 el virrey de Nueva España envió al general Sebastián Vizcaíno como embajador suyo y del rey de España a Ieyasu y a su hijo Hidetada. Esta misión fracasó por el temple autoritario de Vizcaíno y por cambios en la política japonesa.

Sin embargo, el daimyo Date Masamune que mandaba en el Noreste de la isla de Honsu con centro en Sendai, estaba muy interesado en entablar relaciones con América y Europa y organizó una expedición de 150 japoneses bajo la dirección del samurai Hasekura y del franciscano Luís Sotelo (1513). Mientras esta expedición, recibida en la Ciudad de Méjico en 1614, zarpaba hacia España y Roma, fue enviada desde Nueva España a Japón una nueva misión con cartas del rey Felipe III a Ieyasu que autorizaba la apertura de relaciones con Japón (1615).

Esta embajada no tuvo éxito ni más afortunada fue la otra que, de regreso de Europa, llegó a Japón en 1620. Japón se cerró totalmente. Desde 1539 hasta 1853 los únicos occidentales que pudieron comerciar con Japón fueron los holandeses desde el puesto de Deshima en Nagasaki.

Muchas fueron las causas que determinaron esta situación negativa. Las principales fueron de carácter político (el miedo a una ocupación por parte de los españoles), económico (la oposición de los comerciantes de Manila y de España), culturales (la falta de adaptación) y religioso (las divisiones entre católicos y protestantes, jesuitas y franciscanos, la reacción budista).

Quedan como elemento positivo las crónicas hechas por los japoneses, por un indígena de Méjico y por un historiador italiano que son una fuente preciosa para conocer el Japón y la Nueva España de los primeros años del siglo XVII. Y queda también la indicación del camino que se debe seguir para entablar un verdadero diálogo entre Japón y América a fin de evitar los errores y los fracasos del pasado.

#### PRIMEROS CONTACTOS ENTRE JAPON Y AMERICA:

Japón fue descubierto por tres portugueses náufragos en 1543. Poco después, comenzaron los primeros contactos indirectos con América.

Cuando Francisco Javier en 1549 llegó a Japón, tenía como acompañante al P. Cosme de Torres quien había estado trabajando como capellán del virrey de la Nueva España (así se llamaba Méjico) y se había unido a la expedición de Ruy López de Villalobos (1542 - 43), encargado por Hernán Cortés de encontrar una comunicación directa entre la Nueva España y el Asia sin pasar por el estrecho de Magallanes.

Desde 1564, completada la conquista de las Filipinas por los españoles, se había establecido un tráfico comercial directo entre Acapulco y Manila. Los viajes, en los comienzos sólo anuales o bianuales, se intensificaron poco a poco hasta llegar a nueve en 1608. En ese año se calcula que los japoneses existentes en las Filipinas (trabajadores o comerciantes) eran unos 15.000. Cabe

imaginar que algunos de ellos hayan sido empleados como integrantes de las tripulaciones de los galeones que iban a Acapulco.

### La iniciativa de Ieyasu Tokugawa

El primero que quiso entablar relaciones directas entre Japón y América fue Ieyasu Tokugawa, el tercero de los tres caudillos que, en la segunda mitad del siglo XVIII, unificaron el país y el fundador de la dinastía Tokugawa que dominó en Japón hasta 1867.

La noticia de su deseo de comerciar con América la encontramos en una relación del año 1597 de Luis Pérez Dasmariñas, gobernador provisional de Filipinas. En aquel tiempo seguía mandando en Japón Hideyoshi Toyotomi e Ieyasu era uno de sus generales más hábiles. Por los servicios prestados había recibido de Hideyoshi, como feudo, ocho provincias del norte de Japón (la región de Kanto) con capital en Edo (Tokyo).

Escribe Dasmariñas: "El rey (así son llamados siempre en los documentos españoles los *daimyo*, feudatarios de Kanto, uno de los más poderosos que hay en el Japón. . . se ha ofrecido que dejará predicar la ley de Dios en su reino, que es grande, con que le alcancemos una chapa (permiso) del gobernador de Manila para enviar un navío a la Nueva España con mercadería."

El gobernador se muestra favorable a esta propuesta, detalla los artículos que podrían ser más necesarios para América (hierro, cáñamo, pólvora) y concluye: "Los japones (otro término clásico de la época) pueden interesar mucho. Con la contratación de la Nueva España se hubiera confirmado más esta amistad, de manera que los señores de Japón estimarán mucho el trato y comunicación con los españoles,"<sup>(1)</sup>

Intentando establecer un contacto directo entre sus tierras y América a través de la mediación de los españoles de Filipinas, Ieyasu quería crear una alternativa al rígido monopolio comercial ejercido hasta aquel momento por los portugueses desde Macao con centro en Nagasaki, al sur de Japón. Como intermediarios Ieyasu eligió a los franciscanos recién llegados al Japón en abierta

<sup>1</sup> Sola Castaño, p. 103-104.

polémica con los jesuitas, quienes, para mantener la uniformidad del método y evitar posibles interferencias, querían la exclusividad de la actividad misionera. Los franciscanos fueron favorablemente acogidos en el Kanto y uno de ellos, fray Jerónimo de Jesús, que hablaba muy bien el japonés, logró cautivar la simpatía de Ieyasu.

A través de fray Jerónimo, Ieyasu pudo entrar en contacto, por primera vez, con el gobernador de Manila en 1599 y ofrecerle los puertos de la región de Kanto como un segundo hogar de refugio para los barcos que iban a Nueva España.

Por su parte, el franciscano recomendó que se enviaran a Ieyasu "maestros de hacer navíos a uso de España y pilotos para navegallas y también mineros para beneficiar algunas minas de plata que tiene en su tierra y que no se labran por no tener quien lo entienda."

Las luchas intestinas por la sucesión a Hideyoshi, fallecido en 1598, la muerte de fray Jerónimo (1600), el cambio de Gobernadores en Manila impidieron la realización inmediata de los planes de Ieyasu. Después de haber logrado en la batalla de Sekigahara (1600) el pleno control sobre todo Japón, retomó los contactos con las Filipinas.

En 1602 envió tres misiones con carta y regalos. En la primera, encabezada por fray Burguillos, volvía a ofrecer libre acceso a todos los navíos que iban a Nueva España y prometía actuar enérgicamente contra los piratas japoneses que atacaban los barcos españoles.

En la segunda Ieyasu hizo más explícitas sus intenciones.

"Nada puede satisfacernos más, afirmaba, que ver establecidas frecuentes relaciones entre mi país y la Nueva España por medio de barcos mercantiles. Lo que me mueve a formular este deseo es no sólo el interés de Japón, sino, en medida igual, el vuestro mismo. Muchos de vuestros súbditos me han asegurado que sería para ellos muy provechoso poder contar sobre un puerto en la región de Kanto como refugio para los barcos durante las tempestades. Ellos me manifestaron también que estarían contentos de ver barcos japoneses haciendo viajes entre Kanto y Nueva España.

Si me hacéis este servicio yo, en cambio, prohibiré severamente actos de piratería también en las más alejadas islas de Japón y, si lo deseáis, yo condenaré a muerte a todos los piratas. De la misma manera podréis ejecutar a todos los japoneses que en las Filipinas violan sus leyes."(2).

<sup>2</sup> *Ibid.* p. 180.

El gobernador, Don Pedro de Acuña, prometió todo su apoyo para establecer relaciones entre Japón y la Nueva España "con mucho deseo de buen suceso para que haya más comunicación entre castillas y japones y se consiga el gusto de Vuestra Alteza".<sup>(3)</sup>

Un mes, después, Ieyasu escribió una tercera carta con motivo de un ataque de los japoneses a un galeón español que, en su viaje hacia Méjico, se había acercado a la costa de Japón en la zona de Tosa. El Shogun se apresuró a dejar en claro que en hecho inoportuno había acontecido sin su aprobación y añadía: "A través de nuestros mercaderes he sabido que todos los años ocho galeones zarpan desde Luzón hacia la Nueva España y ellos desean tener la posibilidad de refugiarse en los puertos de mi país. Lleno de compasión por estos extranjeros yo he preparado y sellado ocho permisos por medio de los cuales podrán evitar la rapacidad de la gente, quedarse sin ningún temor en nuestros puertos e islas y también en todas las ciudades y pueblos de Japón sin el riesgo de ser tratados como espías aunque se dedique al estudio de las costumbres y condiciones del país."<sup>(4)</sup>

Estas expresiones muy benévolas de parte de la más alta autoridad política de Japón no lograron vencer los recelos de los españoles. Ellos temían a los japoneses cuyo valor en las armas conocían y sospechaban que planeasen una conquista de las Filipinas. Influía, igualmente, como factor negativo el recuerdo de algunos actos de piratería que habían causado graves daños a navíos españoles y el de la reciente persecución (1597) en la cual habían perdido la vida seis franciscanos españoles uno de los cuales, Felipe de Jesús, era nativo de Méjico.

Sin embargo, parece ser que el obstáculo más grave provino de la violenta oposición de los poderosos comerciantes de Sevilla y Cádiz que vieron afectado el monopolio de todo el comercio asiático que ellos se habían asegurado.

Todo esto explicaría el estancamiento de las negociaciones de Ieyasu con el fin de entablar relaciones con Méjico.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 191.

<sup>4</sup> Nuttal, p. 4.

### La mediación del gobernador Rodrigo de Vivero.

La situación cambió sorpresivamente con la llegada a las Filipinas, en 1608, del Gobernador interino Don Rodrigo de Vivero. Unos mercaderes japoneses, en nombre de los 15.000 integrantes de la colonia japonesa presente en las Filipinas, pidieron que se restablecieran las relaciones con Japón. En ese mismo año llegó una embajada de Ieyasu encabezada por el inglés William Adams.

Este, figura clave en nuestro relato, era nativo de Kent (Inglaterra) y había sido contratado por los holandeses como piloto del buque *Liefde*, parte de una pequeña flota que debía estudiar las posibilidades de la ruta marítima al sur del continente americano para comerciar con Asia. En el cruce del Pacífico el *Liefde* fue arrastrado con otros 23 tripulantes hacia un puerto japonés el 16 de abril de 1600.

A pesar de la oposición portuguesa se concedió hospitalidad a los naufragos. Will Adams logró cautivarse rápidamente la simpatía de los japoneses por sus conocimientos en el arte de la construcción de barcos. Ieyasu quiso que le enseñara geografía y geometría, lo eligió como asesor, le otorgó un pequeño feudo con el título de *Hatamoto* (noble) y lo nombró embajador para establecer relaciones con países extranjeros.

En 1608 cuando Will Adams fue enviado a Manila, Ieyasu no era más Shogun. Tres años antes había cedido ese cargo a su hijo Hidetada y se había establecido como *Ogoshō* (Shogun retirado) en su castillo familiar de Suruga (Shizuoka) al sur de Edo. Desde allí continuaba influyendo en los asuntos del país mientras que su hijo residía en Edo.

Will Adam fue bien recibido y el gobernador Vivero le confió el mando de un barco español que partió hacia Japón con regalos y dos cartas. En la primera, dirigida a Ieyasu, ponía de relieve "la amable simpatía que desde tiempos antiguos había unido una nación a otra" y aseguraba que deseaba "fortalecer los lazos de la vieja amistad".

En la segunda, dirigida a Hidetada, anunciaba el envío de un galeón español y permitía que buques japoneses, no más de cuatro por año, pudieran llegar a las Filipinas.

Como consecuencia de esta misión y por la acción favorable de Will Adams fue habilitado para los españoles el puerto de Uraga

en la provincia de Sagami, a un día de viaje de Edo. Un decreto imperial, fechado en el año 1608, que amenazaba con graves penas a los que molestaban a los mercaderes que salían de Luxón, fue puesto en la entrada del puerto. Desde ese año los galeones que navegaban entre Manila y Acapulco pasaban regularmente por Uraga.

En 1609, con motivo de la llegada del nuevo gobernador Don Juan de Silva, hubo otro intercambio de cartas que confirmaron la voluntad de retomar relaciones establecidas anteriormente. Por su parte Hidetada anunciaría que había enviado a los capitanes de los puertos de Japón este decreto: "Los barcos que zarpan de Luxón hacia Nueva España pueden entrar libremente en todos los puertos de Japón y refugiarse allí en tiempos de tormenta".

En ese mismo año los japoneses tuvieron la oportunidad de dar pruebas concretas de la sinceridad de sus promesas nada menos que al ex-gobernador Vivero quien, en su viaje a Méjico, naufragó en Iwawada en la costa de Kasura en el área de Kanto. Los náufragos españoles estuvieron bien atendidos y cuando los oficiales japoneses supieron que el anterior gobernador de Filipinas se encontraba entre ellos, hicieron los arreglos necesarios para que se entrevistara con Hidetada e Ieyasu. Vivero visitó también a Honda Masazumi, ministro de asuntos exteriores que tenía una de las posiciones más influyentes en la corte de Ieyasu y aprovechó la oportunidad para sugerir la posibilidad de un tratado entre España y Japón sobre la base de un borrador que él había preparado. La concreción de ese tratado y la búsqueda de un barco para ir a Méjico tuvo ocupado a Vivero por once meses.

Durante ese tiempo se trasladó a Kyoto, Osaka, hasta Bungo en el Kyushu. Con los informes recogidos durante estos viajes Vivero preparó una larga *Relación* llena de datos interesantes para conocer el Japón en los comienzos de la era Tokugawa. (5)

El orden de las tierras, el grado de cultivo en que se encontraban y la alta estima en que eran tenidos los agricultores fue lo que más lo impresionó. Esto no impidió que considerara a los japoneses como excelentes guerreros. Vivero alaba la eficiencia de las posadas, el óptimo funcionamiento de la posta de caballos y el hecho de que la gente tuviera gran respeto para los mejores hombres y que no se exigiese una dote para las hijas casaderas. En la descripción geográf-

<sup>5</sup> Sola Castaño, pp. 274-371.

fica del país hace una mención especial de las ricas minas de oro en el norte de Japón y de la belleza de las ciudades que, con sus veinte o cuarenta mil habitantes, contrastaban con la desolación de las Filipinas y de la Nueva España.

Por todo esto y otros datos llegó a la conclusión de que el gobierno japonés era el mejor que conocía, lo que le hacía excluir que "a no faltar Dios entre aquellos bárbaros y ser vasallos de mi rey, negara mi patria por la suya".<sup>6</sup>

### El primer tratado

Consciente de la situación estratégica de Japón y viendo en él un posible mercado para productos de Nueva España y un centro proveedor de seda para América y de granos para las Filipinas, Vivero hizo todo esfuerzo posible para llegar a un tratado entre Japón y Nueva España. No fue fácil. Vivero quería incluir una cláusula para obtener la expulsión de los holandeses de Japón. Ieyasu se negó siempre alegando el hecho de que ya les había dado a los holandeses permiso para quedarse en el país.

Finalmente, el 4 de julio de 1610, el Convenio y Tratado de Paz fue concluido. Constaba de estos artículos:

1. A los barcos de México se les daría un puerto seleccionado por los españoles, donde la tripulación podría construir sus casas.
2. A los frailes se les permitiría ir a cualquier parte de Japón.
3. Los barcos procedentes de Luzón, en su ruta a México, podrían entrar en cualquier puerto japonés y continuar el viaje bajo su propia discreción.
4. En caso de que los barcos españoles requirieran reparaciones, o que fuera necesaria la construcción de un nuevo barco, se les proporcionarían todos los materiales a un precio justo así como los trabajadores necesarios para ello.
5. Se le daría buen trato al embajador español en Japón.
6. Los barcos japoneses que navegaran hacia México serían bien tratados.
7. Las mercancías traídas a Japón para comerciar serían vendidas a precios bajos y justos y sin coacción (6).

<sup>6</sup> Torre Villar, p. 126.

Con este tratado se abrió el comercio entre Japón y Méjico.

No obstante las negociaciones hechas hasta el último momento ante la corte japonesa, Vivero no logró incluir la cláusula relativa a la expulsión de los holandeses. Por su parte Ieyasu pensó que era más prudente posponer para una fecha más adelante otras peticiones que figuraban en su borrador original, concernientes a la navegación, construcción de buques y envío de 100 o de 200 mineros desde Méjico con el fin de explorar las minas de plata japonesas, de acuerdo a las técnicas occidentales.

Ieyasu quería inicialmente nombrar a fray Luis Sotelo, muy apreciado por él y que había jugado un papel muy importante en la redacción del tratado, su embajador a España y Méjico pero lo reemplazó por otro franciscano, fray Alonso Muñoz.

A él fueron entregadas las copias del tratado y cartas personales de Ieyasu e Hidetada para el rey de España. Vivero recibió de las autoridades japonesas mil ducados para equipar la nave que le había sido proporcionada por Ieyasu, y que había sido construida bajo las instrucciones de Will Adams. El primero de agosto salió de Japón para Méjico con fray Alonso Muñoz y 23 comerciantes japoneses. La nave arribó al puerto de Matanchel (California) el 27 de octubre y pocos días después a Acapulco. Era la primera misión oficial japonesa que llegaba a Latinoamérica.

Mientras que la legación del padre Alonso Muñoz tomaba su camino a Europa, el virrey de la Nueva España, Don Luis de Velasco Vizcaíno, decidió organizar una nueva legación a Japón para devolver a la corte japonesa la suma de dinero prestada a Vivero, llevar a su patria a los japoneses, y localizar, para su explotación, las islas nombradas "Rica de oro y rica de plata", señaladas como existentes al este de Japón.

#### La misión de Sebastián Vizcaíno

El virrey nombró a su hijo, el general Sebastián Vizcaíno, comandante de la expedición. El viaje de Acapulco a la costa japonesa de Uraga duró casi tres meses: del 22 de marzo de 1611 al 10 de junio. Desde Uraga, Vizcaíno escribió una carta a Ieyasu y a Hidetada presentándose como embajador de España y de Méjico y explicando las finalidades de su misión sin hablar, sin embargo, de su interés por las islas "de oro y de plata".

Los arreglos para la audiencia no fueron fáciles. Cuando el enviado español conoció el protocolo de la corte (que comprendía, entre otras cosas, reverencias hasta el suelo, el quitarse los zapatos, el dejar las espadas), rehusó orgullosamente someterse a las costumbres, ya que, en su opinión, eran degradantes para el representante de un rey de España y dos veces amenazó con regresar a su reino sin cumplir su misión, si no se le permitía seguir el protocolo español. Cuando se le hizo notar que Rodrigo de Vivero no había hecho objeciones, Vizcaíno contestó que, después de todo, el gobernador había llegado como un naufrago en busca de ayuda, mientras que él representaba a un rey soberano. A pesar de esta irracional actitud, Hidetada e Ieyasu aceptaron su demanda con algunas modificaciones.

Las audiencias, especialmente la primera, se llevaron a cabo con toda la pompa imaginable. Vizcaíno se presentó en el palacio del Shogun, en Edo, con un grupo de treinta personas en formación de desfile; iban, en primer lugar, el capitán de los soldados y el piloto, seguían los arcabuceros con rifles al hombro, banderas ondeantes y el estandarte; a la derecha del estandarte iban el embajador y el padre franciscano Luis Sotelo y a la izquierda del estandarte otros dos frailes franciscanos.

Después de la audiencia, Vizcaíno regresó a sus alojamientos disparando sus rifles tanto que "en menos de una hora habían gastado un barril de pólvora". Los japoneses parecían saborear tales demostraciones militares. "Sin exagerar en lo más mínimo, asegura Vizcaíno en su *Relación*, los espectadores deben haber sido un millón".<sup>7</sup> Unos días más tarde, el embajador entregó un documento a Ieyasu en que pedía el permiso de sondear las costas de Japón con el fin de descubrir los puertos adecuados y más seguros para la flota española; el permiso para la construcción de un barco y carga de mercancías para Méjico; la autorización para la venta en Japón de mercancías libres de impuestos; la expulsión de los holandeses, ya que estaban en guerra contra el rey de España y amenazaban con sus actos de piratería la seguridad en los mares de Asia.

Las primeras tres peticiones fueron aceptadas inmediatamente mientras que la respuesta a la cuarta, relativa a la expulsión de los holandeses, fue aplazada. De ahí en adelante Vizcaíno viajó hacia el

<sup>7</sup> Sola Castaño, pp. 372-472.

norte y el noroeste explorando las costas mientras que su piloto hizo el sondeo de las costas del sur.

Los resultados de la exploración fueron sintetizados en un mapa del cual se hicieron cuatro copias: una para Ieyasu, otra para Hidetada, la tercera para el virrey de Méjico y la última para el rey de España.

Este trabajo se terminó en julio de 1612, trece meses después del arribo, y Vizcaíno pidió permiso para salir argumentando que regresaría a Méjico, pero en realidad quería ir a buscar las "islas de oro y plata".

Hidetada e Ieyasu, que antes habían rehusado hacer construir un nuevo barco para el regreso del embajador, no quisieron despedirlo personalmente e hicieron llegar al puerto de Uraga regalos y cartas para el virrey de Méjico.

Las autoridades japonesas exhortaban a comenzar un urgente intercambio comercial y prometían seguridad a los barcos españoles que llegasen a cualquier lugar de Japón.

En cuanto a las garantías de libertad para el Cristianismo hacían presente que Japón era la tierra del Shinto y de los dioses budistas y que la propaganda del Cristianismo, enemigo de las religiones indígenas, debía terminar. En su lugar los españoles debían multiplicar los viajes comerciales, muy eficaces para promover intereses mutuos.

Vizcaíno salió de Uraga el 16 de setiembre y después de una búsqueda infructuosa de las legendarias islas tuvo que regresar al mismo puerto con la nave averiada por causa de una tormenta.

### La embajada del samurai Hasekura

Las peticiones de Vizcaíno a Hidetada y Ieyasu para que lo ayudaran fueron infructuosas: ellos negaron tener algo que ver con su expedición. Después de una espera de cinco meses, hecha más difícil por un edicto de persecución de los cristianos en Edo, Vizcaíno fue invitado por Date Masamune para que supervisara la construcción de un barco destinado a ir a Méjico.

Date era uno de los *daimyo* más poderosos y ricos de Japón y mandaba en el noreste con centro en Sendai. Una de sus hijas había contraído matrimonio con un hijo de Ieyasu. Era muy fa-

vorable al Cristianismo y protegía a los misioneros franciscanos en particular al P. Luis Sotelo. Bajo la sugerencia de este había proyectado enviar una embajada a Felipe III en España y al Papa con la esperanza de promover relaciones comerciales directas entre su feudo y Méjico.

El barco construido bajo la supervisión de Vizcaíno fue terminado en los primeros días de octubre de 1613 y el 27 del mismo mes partió del puerto de Tsukinoura con 150 japoneses a bordo, el samurai Hasekura Roknemon y fray Luis Sotelo como enviados especiales de Date. Estaba también Vizcaíno, pero como simple pasajero. Este humillante regreso cerraba con un balance negativo la primera embajada oficial latinoamericana a Japón. Vizcaíno, no contento de haber sido el principal artífice del fracaso de su misión, hizo todo lo posible para desacreditar la expedición de Date. Se quejó de haber sido maltratado, acusó a fray Sotelo de querer perseguir fines personales y presentó como totalmente inútiles todos los esfuerzos para la difusión del Cristianismo en Japón.

Esto no impidió que Hasekura y Sotelo fuesen recibidos con grandes honores por el virrey en Ciudad de Méjico el 17 de marzo de 1614. En junio Hasekura y Sotelo zarparon con 24 japoneses desde Veracruz hacia España y Roma. Fue el primer cruce del océano Atlántico de una misión japonesa.

Mientras tanto había llegado a Méjico la respuesta de Felipe III a la primera embajada de Ieyasu encabezada por el P. Alonso Muñoz. El rey accedía en términos muy genéricos a la apertura de relaciones con Japón.

Fue elegido fray Diego de Santa Catalina junto a otros dos franciscanos para que hiciesen llegar a los jefes de Japón ese mensaje.

En agosto de 1615, la misión llegó a Uraga y tuvo que esperar dos meses antes de ser recibida por Ieyasu. Durante la audiencia, Ieyasu permaneció en silencio a la presentación de la carta y regalos de parte del rey de España. Al final informó que la respuesta sería enviada más tarde. Los franciscanos la aguardaron inútilmente, confinados en el puerto de Uraga. Ahí supieron de la muerte de Ieyasu acaecida en julio de 1616. Después de esta circunstancia los miembros de la embajada pidieron otra audiencia con el sucesor Hidetada, esperando un cambio favorable, pero fue rehusada. No quedaba otra solución que volver a Méjico. Algunos comerciantes japoneses, con la aprobación del Shogun cargaron la nave con mer-

cancías y obligaron a los franciscanos, última humillación, a firmar una declaración para que a los japoneses que estaban a bordo no se les hiciera ningún daño en Méjico. A su llegada, a fines de 1616, fray Diego de Santa Catalina reportó al virrey el fracaso de la embajada.

No más afortunada fue la misión encabezada por el samurai Hasekura y el P. Sotelo.

Fue recibida con pompa por el rey Felipe III y, en Roma, por el Papa Pablo V, pero no logró conseguir los dos fines principales que perseguía: el nombramiento de un obispo franciscano para el norte de Japón y facilitaciones para el comercio entre Japón y Méjico.

Desde Europa la misión volvió a América, a fines de 1617 y prosiguió para Manila, donde tuvo que detenerse. Sólo en 1620 le fue permitido a Hasekura entrar a Japón donde, aunque la noticia no sea totalmente segura, murió mártir por haber aceptado el Cristianismo durante su viaje a Europa. La misma suerte tocó al P. Sotelo en 1624.

Desde 1539 hasta 1853, los únicos occidentales a los que será permitido comerciar una vez por año con los japoneses serán los holandeses desde el puerto de Deshima en Nagasaki<sup>8</sup>.

### Causas de un fracaso

Cabe ahora reflexionar sobre las causas de ese cierre tan exclusivo al mundo hispano-americano mientras que se permitió un contacto, aunque muy limitado, con los holandeses. Las causas son de carácter político, comercial, cultural y religioso.

#### *Causas Políticas*

1º. Los japoneses nunca pudieron liberarse del temor de un ataque

<sup>8</sup> Sobre Date Masamune y la embajada de Hasekura, cf. Knauth, *Confrontación transpacífica*, pp. 167-216. El escritor católico Endo Shuzaku ha retomado este episodio histórico como tema de su novela *The Samurai*, Tokyo, 1982.

militar por parte de ellos en América Latina. La ocupación de Filipinas era un hecho muy cercano y elocuente por sí mismo.

En realidad es fácil encontrar en los escritos de gobernadores, misioneros y comerciantes de este tiempo presentes en Asia, el reflejo de la mentalidad según la cual, después de la victoria sobre el Islam y el descubrimiento de América, los Reyes Católicos eran considerados señores indiscutibles de toda la tierra. En sus informes los gobernadores de Manila consideraban normal y conveniente la ocupación de Japón.<sup>9</sup>

El sondeo de los puertos de la costa japonesa hecho por Vizcaíno; la expedición hacia las islas “de oro y de plata”, la ostentación de fuerza con banderas ondeantes, treinta arcabuceros y disparos en Edo con motivo de la audiencia concedida por el hijo del Shogun al mismo Vizcaíno, despertaron muchas inquietudes. Will Adams y los holandeses aprovecharon la situación para acusar a los españoles de querer atacar al Japón advirtiendo que nunca se habrían permitido hechos semejantes en España<sup>10</sup>.

Por otro lado, los españoles de Filipinas nunca perdieron el temor de ser conquistados por los japoneses. En 1592 Hideyoshi, el “Napoleón japonés”, enviaba una carta al Gobernador de Filipinas, que empezaba con estas palabras: “El señor del Cielo ha querido que sea todo uno y reducido a mi obediencia”. Después de haber dicho que había ya conquistado Corea y que planeaba “ir sobre China y ganarla porque el Cielo me lo tiene prometido y no por mi fuerza” proseguía afirmando: “Espántome mucho de que esa tierra de la isla de Luzón no me ha enviado embajador o navío y por eso estoy determinado ir sobre Manila”.

La invasión no se realizó. Hideyoshi quedó satisfecho por la respuesta muy diplomática del gobernador de Filipinas y por el regalo de una “docena de espadas y dagas entre las más finas que se usaban” ofrecidas, como decía la carta, “en señal de amor”<sup>11</sup>. No obstante se repitieron los asaltos de piratas japoneses a las costas de Filipinas y a los buques españoles que iban a China o a la Nueva España y la confiscación de bienes de los navíos que naufragaban en las costas de Japón.

<sup>9</sup> Sola Castaño, p. 101-147.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 113.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 48.

Los informes que provenían de los viajeros, comerciantes y misioneros que visitaban Japón estaban llenos de asombro por la cantidad de soldados que había en el país, su valor y su deseo de conquistar Manila. "Son gente que no saben vivir sin probar sus espadas". "El Japón es pirata, corsario determinado, belicoso, de mucha gente dispuesta a morir". "Decían que la tierra de Manila tenía muy poca gente y que si Japón venía sobre ella la tomaría". "Habiendo visto la ciudad de Manila y a los indios cargados de oro, rabian por ir a tomarla. La gente que puede ir es tanta que asombra"<sup>12</sup>.

Estas citas, que se encuentran constantemente en todo ese período, no podían tranquilizar a los españoles. La presencia de los holandeses y del inglés Will Adams a partir de 1600 contribuyó a aumentar esas inquietudes. Todos los esfuerzos hechos repetidamente por los españoles para que las autoridades japonesas se apartaran "de esa gente inquieta, de mal vivir y revoltosa que se han salido a la mar a robar", resultaron vanos y obtuvieron un efecto contrario<sup>13</sup>. Los que intentaron concluir un tratado entre Japón y Méjico siempre exigieron, inútilmente, que los japoneses no fuesen unidos con los que luchaban en contra de la España Vieja o Nueva.

### *Causas Económicas*

Ya han sido parcialmente señaladas. El comercio con Méjico y Perú era privilegio de compañías de Sevilla y Cádiz. Ellas tenían centros comerciales en Manila que se abastecían en Macao con productos chinos y en Japón con artículos japoneses. La introducción de contactos directos entre Japón y Méjico representaba para estas compañías un doble peligro: el fin del monopolio que hasta aquel momento se habían asegurado y la pérdida del porcentaje en los impuestos sobre las mercaderías que ellas podían percibir.

La monarquía española, haciéndose eco de las quejas de los comerciantes peninsulares, trató de limitar el intercambio americano con Oriente. Esto afectaba los galeones que iban ordinariamente desde Manila a Acapulco. Las restricciones para ese comercio no dieron el resultado esperado pues el contrabando se hizo más inten-

<sup>12</sup> *Ibid.* pp. 42, 62, 89, 91, 196.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 192-201.

so, contando en muchos casos, con la tolerancia, pasividad o complicidad de las autoridades locales. Para defender sus derechos, los comerciantes de Manila se hicieron más intransigentes contra la apertura de una línea directa entre Japón y Méjico alegando que en Japón no existían productos que podían interesar en América y que los japoneses no eran personas de confianza <sup>14</sup>.

### *Causas Culturales*

Estos primeros contactos se desarrollaron a escasos 60 años del descubrimiento de Japón. Las cartas de los misioneros y otros informes habían divulgado algunos elementos de la cultura japonesa. En general, los juicios eran positivos. Se alababa la generosidad, el respeto de los bienes de los otros, la agudeza del ingenio, el deseo de saber de los japoneses hasta el punto de considerarlos superiores a los europeos.

Sin embargo, otros veían sólo los aspectos negativos: la codicia, la soberbia, la belicosidad, la facilidad para mentir. En la mayoría de los españoles de ese tiempo (y no sólo de ellos) estaba muy fuertemente establecida la idea de la superioridad de la cultura occidental. La manera de vivir europea era un parámetro que todos los pueblos debían seguir para ser cultos y civiles. Por eso Vizcaíno rehusó adaptarse al protocolo japonés. La falta de penetración psicológica se verificaba en la ostentación de la potencia de los españoles que aparecía como una intimidación insopportable.

### *Causas Religiosas*

La libertad para la propagación del cristianismo en Japón y las garantías de seguridad para misioneros y cristianos aparecen siempre en todas las negociaciones como dos puntos irrenunciables para los españoles. Hay que leer los documentos de los gobernadores de Manila o de los virreyes de la Nueva España para constatar cuán hon-

<sup>14</sup> Muy significativo en este sentido la carta de Juan Cevicos, capitán del San Francisco, el buque que trasladaba a Vivero, en Sola Castaño, pp. 254-273.

<sup>15</sup> Sola Castaño, pp. 259, 169.

damente actuaba en ellos la convicción religiosa. Estaban dispuestos a sacrificarlo todo, pero no a ser creyentes tibios o indiferentes. El apoyo que dieron en un primer momento, los portugueses desde Macao a los jesuitas que actuaban en el sur de Japón con centro en Nagasaki y, después, los españoles desde Manila a los franciscanos en el Kanto, al norte, facilitó la difusión del cristianismo, pero fue también la causa de su fracaso.

Algunos misioneros intentaron deslindar el aspecto político del religioso, pero otros dejaron translucir en sus escritos y en sus acciones, la estrecha vinculación de la cruz con la espada que caracterizó la conquista de Latinoamérica. Todo esto está muy bien reflejado en la respuesta del piloto de la nave *San Felipe* a los japoneses que le preguntan de que manera los españoles habían podido conquistar tantas tierras: "El rey de España, primero envió misioneros que convirtieron muchos indígenas al Cristianismo y, después, mandó a sus soldados quienes, junto con los cristianos, llevaron a cabo las conquistas"<sup>16</sup>. Esta afirmación se difundió rápidamente y ya no murió en el alma de los japoneses la sospecha, alimentada constantemente por los holandeses, de que el catolicismo fuese instrumento para la ocupación del país.

Hay que añadir otro factor negativo: la polémica entre los jesuitas que querían ser los únicos misioneros de Japón y los franciscanos, agustinos y dominicos que empezaron a llegar a partir de 1593. De hecho se realizó lo que se temía: una diferencia de métodos en la evangelización. Generalmente los jesuitas fueron respetuosos de las costumbres de los japoneses siguiendo las directivas de aquel gran maestro de la inculcación que fue el P. Valignano. Aún discutiendo con los bonzos, los respetaban y evitaban todo lo que podía despertar resentimiento o herir la buena fe del pueblo. No así los franciscanos. Hubo, en las zonas donde ellos actuaban, destrucciones de estatuas de Buda e incendio de templos.

Las sospechas de orden político y las imprudencias de algunos misioneros fueron las causas principales de violentas persecuciones contra los cristianos a partir de 1597. También Ieyasu, en un primer momento favorable, poco a poco tomó posiciones hostiles ya que, como explica en el edicto de expulsión de 1614, el Cristianis-

<sup>16</sup> Torre Villar, p. 120.

mo "relaja el orden político y las buenas costumbres, confunde la tradición, cambia el orden público y es una eterodoxia" <sup>17</sup>.

El Japón se aisló voluntariamente para defender su integridad territorial y su identidad cultural y religiosa tan necesaria en el momento en que iniciaba un nuevo y fundamental período de unidad nacional: la era Tokugawa. Lo que se permitió fue sólo un comercio aséptico con los holandeses que no tenían preocupaciones de carácter religioso o político.

¿Debemos, pues, concluir que los primeros contactos entre Japón y América tuvieron como resultado un fracaso total?

### **Un legado para hoy**

Algo queda de estos veinte años tan tempestuosos y difíciles. En primer lugar nos han llegado los documentos relativos al origen y al desarrollo de estos primeros contactos: las cartas de Ieyasu, las relaciones de los principales protagonistas españoles políticos y religiosos, los informes de los testigos del tiempo.

Quisiera llamar la atención sobre el relato del indígena mejicano Chimalpahin, sirviente en una iglesia de los franciscanos en Ciudad de Méjico, el cual en su *Díario* describe la salida del país, en 1611, de los japoneses traídos en 1609 por Rodrigo de Vivero y la llegada de otros 150 japoneses en 1615, guiados por el samurai Hanekura y el P. Luis Sotelo. Chimalpahin, que se expresa en su idioma náhuatl, quedó impresionado por los atavíos característicos, la manera con que llevaban la espada, arreglaban el pelo y las sandalias de piel, "suaves como si fueran guantes". "No son gente mansa ni humilde; andan como águilas. No tienen bigote, sus rostros son como de mujer, blancos. No son muy altos".

Acota también, con relación a la primera misión de Vivero que el embajador "ha venido en lugar del gran emperador del Japón para hacer paz con los cristianos, para que nunca guerreen, que siempre tranquilamente vivan y sean estimados y para que puedan entrar los mercaderes españoles, allá al Japón"<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> Texto integral del edicto en *Relaciones Internacionales*, México, IX (1982), n. 30, pp. 147-150.

<sup>18</sup> León - Portilla, pp. 234-235.

Nos ha llegado también una historia de la embajada presidida por Hasekura del escritor italiano Scipione Amati quien se unió al grupo en Madrid como intérprete y guía y acompañó a los japoneses a Barcelona, Génova, Roma, donde, en 1615, se realizó la audiencia con el Papa Pablo V. Amati describe estos acontecimientos con vivacidad y en las primeras 70 páginas refiere, con muchos detalles, los orígenes de la expedición, la situación político-social del norte de Japón, la llegada y permanencia en Méjico. En esta primera parte refleja claramente los puntos de vista del P. Luis Sotelo y las impresiones de los miembros japoneses de la embajada.

En este trabajo histórico como en el diario del indígena Chimalpahin y en los informes oficiales españoles y japoneses se halla un material precioso para analizar los múltiples y complejos aspectos de los primeros contactos entre Japón y América. Sería auspiciosa una publicación que recogiera todo este material, rescatándolo de revistas y publicaciones inhallables o de colecciones históricas, japonesas o españolas, inaccesibles.

La lectura de estos documentos nos permite deducir las características de un verdadero diálogo entre Japón y América a fin de evitar los errores y los fracasos del pasado. Ellas son:

1. El respeto de la recíproca integridad territorial y de la respectiva identidad cultural y religiosa. ‘‘No habrá problemas escribía desde Kyoto en 1613 el jesuita Pedro Morejón en una larga carta en que documentaba los “desórdenes dé Vizcaíno” - siempre y cuando se proceda con precaución...“En países extraños siempre hace falta la humildad”<sup>19</sup>.
2. Una apertura generosa y un intenso intercambio de los valores culturales y de los bienes materiales para un enriquecimiento recíproco. Esto presupone una absoluta integridad moral para que el diálogo pueda desarrollarse en un clima de mutua confianza. En la carta ya citada, el P. Morejón observa que el ejemplo que daba Vizcaíno era “muy malo” y los españoles que lo acompañaban “eran casi todos marineros o soldados de poco valor moral y su vida era un escándalo para paganos y cristianos”.
3. Un esfuerzo constante para preservar la armonía entre los distintos grupos y miembros que buscan entablar contacto. Las

<sup>19</sup> Torre Villar, pp. 113-114.

divisiones entre portugueses y españoles, jesuitas y franciscanos, católicos y protestantes, comerciantes de Sevilla y de Manila fueron fatales en estos veinte años de historia. El diálogo y el intercambio deben ser encarados desde varios puntos de vista, (cultural, religioso, económico, político, etc.) y por grupos no necesariamente homogéneos. Esta diversidad es positiva, pero la tensión que a veces podrá generar, nunca debe degenerar en luchas intestinas o en dañinas competencias.

Párece que nos encontramos hoy en mejores condiciones que en el siglo XVII para realizar el encuentro entre Japón y América Latina.

Los pueblos latinoamericanos han descubierto sus raíces autóctonas que los vinculan más estrechamente a Asia; la cultura occidental que los ha influenciado tan fuertemente no se presenta más como única y absoluta; el Cristianismo, al cual adhieren en su mayoría se ha abierto favorablemente a las otras religiones y a los valores positivos que ellas contienen; las comunicaciones más rápidas y muchas iniciativas culturales facilitan mejores y más objetivos conocimientos de todos los pueblos.

Todo esto es sin duda positivo. Sin embargo en el contexto mundial que de una u otra manera influye sobre Japón y América Latina, siguen existiendo motivos de preocupación. Las presiones de carácter político o ideológico no se han acabado. La carrera armamentista que lleva a un peligroso equilibrio de misiles y bombas atómicas es un peligro para toda la humanidad.

El momento que vivimos nos pone otra vez frente a esta alternativa: agresión o diálogo. La historia brevemente relatada demuestra que la primera no lleva a ninguna solución. Queda sólo el camino del diálogo. Es el más difícil y, por eso, el más seguro y verdadero.

### Bibliografía

Amati, Scipione; *Historia del reyno di Voxu di Giapone. Dell'antichita, nobilita e valore del suo re Idate Masamune*, Roma, 1615.

Battistini, L.H.; *Japan and America. An objective and constructive account of Japanese - American relations from the earliest times to the present*, Tokyo, 1953.

- Boxer, Ch. R.; *The Christian Century in Japan, 1549-1650*, Berkeley, 1967.
- Knauth, Lothar; *Confrontación transpacífica. El Japón y el Nuevo Mundo Hispánico*. México, 1972.
- León-Portilla, M.; "La embajada de los japoneses en México, 1614. El testimonio en náhuatl del cronista Chimalpahín, en *Estudios de Asia y África*, (México), XVI, 1981, n. 2, pp. 215-241.
- Murakami, M.; *Don Rodorigo Nihon kembunroku* ("Memorias de don Rodrigo en Japón"), Tokio, 2, 1970.
- Ikoku ofukus shokan-shu*: ("Colección de documentos intercambiados con países extranjeros"), Tokio, 3, 1970.
- Monbeig, Juliette; *Rodrigo de Vivero, 1564-1636. Du Japón et du bon gouvernement de l'Espagne et les Indes*. París, 1972.
- Nutall, Zelia; *The earliest historical relations between Mexico and Japan*, Univ. of California Publ, Berkeley, 1906.
- Sola Castaño, E.; *Libro de las maravillas del Oriente Lejano*, Madrid, 1980 (con reproducción de muchos documentos oficiales españoles).
- Torre Villar, E. de la; *La expansión hispanoamericana en Asia. Siglos XVI y XVII*. México, 1980.
- Torres Lanzas, Pedro y Navas del Valle, Francisco; *Catálogo de los documentos existentes en el Archivo de Indias de Sevilla, precedido de una Historia general de Filipinas*, por el P. Pablo Pastells, S.J., 9 vols., Barcelona, 1925-1933.
- Vivero, Rodrigo de; "Relación y noticias de el reino del Japón, con otros avisos y proyectos para el buen gobierno de la monarquía española", en *Monbeig*, pp. 47-131.